

Francisco Ameglio «Pancho». Evocación y despedida



CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA¹

Dura y penosa tarea despedir a un amigo. Es costoso aceptar la ausencia cuando ella irrumpe prematuramente destrozando ilusiones y proyectos de vida. Y no dudo de que el primero de estos para Pancho, era el disfrute de la vida en familia. En esta zona fue un activo promotor del crecimiento en sus hijos y nietos en su sentido más pleno. Trabajo y disfrute compartidos siempre con Frédérique, su esposa y compañera, en un clima de afecto y complicidades con altas dosis de buena onda, pero también de concernimiento serio cuando se requería.

En lo profesional se lo veía también procurando el disfrute que genera el crecer y el aprender desde el trabajo hecho a conciencia, ya fuera en el cuidado de sus pacientes o en las tareas docentes, donde mientras enseñaba, también aprendía. La docencia, donde fuera, era para Pancho oportunidad de formación continua, de un «crecimiento compartido» desde cualquier posición, docente titular, adjunto o integrante de un grupo, etc. En las animadas discusiones en clases o seminarios era posible ver como el «no estar de acuerdo» era para él, más una instancia de apertura a la riqueza en contenidos desde una flexibilidad respetuosa del otro, que un cierre riesgoso de obturar en relación a «lo verdadero». Había en él un permitirse jugar con las ideas para hacerlas rendir en indagaciones tanto serias como al mismo tiempo ricas y placenteras.

Nuestra amistad surgió y creció en APU, se fue tejiendo entre actividades e intereses que descubríamos y compartíamos. Zonas teóricas o de

1 Miembro titular de Asociación Psicoanalítica del Uruguay. caiafa@adinet.com.uy

la clínica, autores que nos convocaban y nos llevaban a ir descubriendo a otros, en búsquedas e indagatorias donde humorísticamente nos decíamos «niños exploradores», *scouts acampantes* entre las hojas de los libros. No compartimos la misma generación, pero participamos con disfrute del estudio riguroso cuando integramos equipos docentes en seminarios o en los Cursos Abiertos de APU. Compartir esas instancias con él era rico intelectualmente y al mismo tiempo muy ameno. Pancho llegaba a las reuniones de estudio con su portafolio lleno de libros y apuntes, y una gran bolsa de bizcochos, las dos clases de alimentos, el intelectual y el otro se integraban en nuestra «merienda de los chicos».

Las expresiones del arte lo convocaban y emocionaban, era un entusiasta espectador, así como también protagonista. Le atraía mucho la música y el canto, tenía muy buena voz y se hizo tiempo para integrarse a coros.

La amistad se extendió a nuestras parejas y las charlas se instalaron en nuestros jardines y se poblaron de temas de hijos y nietos.

Pancho fue un abuelo dedicado, activo y divertido, un dinámico compinche de sus nietos en sus «transicionalidades» y andanzas por «espacios potenciales», que a veces terminaban enriqueciendo nuestros ejemplos clínicos.

En dos oportunidades compartimos la escritura, la primera sobre la interpretación en el análisis de niños, y la otra, sobre las patologías de la transicionalidad. Fue muy grato compartir la experiencia de la escritura con él, siempre tenía aportes interesantes, acotaciones sutiles y sagaces, y una habitual modestia al proponerlas. Y en relación a esto, un aspecto a destacar en Pancho era que, siendo un profesional con una formación excepcional, en la Sorbonne y en los centros parisinos donde hizo sus prácticas, jamás le escuché un alarde o un comentario jactancioso acerca sus cursos con profesores destacados y reconocidos. Recién el año pasado, contó algo anecdótico de su seminario con Lacan.

En 2012, se publica su libro *Psicopatología psicoanalítica en la clínica actual*. Esta obra obtuvo el Premio Primitivo Techera, que se otorga a las mejores producciones de docentes en el área de Psicología en la Universidad Católica del Uruguay. Esta obra trasunta un trabajo arduo, serio y esmerado en sus aspectos organizativos y de claridad en los temas, lo que lo hace valioso en la perspectiva didáctica. Al mismo tiempo, presenta la

psicopatología desde un saber organizado pero abierto, susceptible siempre de enriquecerse y transformarse.

Para finalizar quisiera que esta evocación de Pancho no sea un cierre sino una apertura al recuerdo afectuoso de un gran amigo y un ser humano bueno y valioso.

Tomo los versos de Manrique, a la muerte de su padre, allí señala: «Vivir se debe la vida de tal suerte, que vivo quede en la muerte el recuerdo de la vida».

Pienso que Pancho lo cumplió con creces. ♦